

las dos ventanas que daban al patio había unas cortinas de indiana, rodeadas de una banda de color de rosa; entre las ventanas, debajo de un espejo de cuerpo entero, se veía una consola de madera dorada cubierta de mármol, sobre la cual había un florero azul de Sevres donde Úrsula acostumbraba á colocar las flores, y enfrente de la chimenea se hallaba una cómoda cubierta también con mármol. El lecho pertenecía á la clase de los llamados duquesa, del siglo XVIII, y tenía por adorno un mechón de plumas esculpido en las cuatro columnitas acanaladas de cada ángulo. Un reloj antiguo, encerrado en una especie de caja de concha incrustada de arabescos de marfil, decoraba la chimenea, cuyas jambas de mármol y cuyo espejo con tremó grisáceo ofrecían una notable semejanza de tono y de color. Un gran armario, en cuyas puertas se veían paisajes esculpidos en diferentes maderas, contenía, sin duda, su ropa interior y sus vestidos. El anciano respiraba en aquel cuarto un perfume del cielo. El minucioso cuidado de las cosas demostraba la existencia de un espíritu de orden y de armonía que seguramente hubiese sorprendido á cualquiera otro, aunque este fuera un Minoret-Levrault. Se veía, sobre todo, allí lo muy queridas que le eran á Úrsula todas aquellas cosas, y el mucho apego que sentía por un cuarto que encerraba, por decirlo así, toda su vida de niña y de joven. Pasando revista á todo, el tutor se aseguraba de que desde el cuarto de Úrsula se podía ver la casa de Portenduere. Durante la noche, el anciano había meditado acerca de la conducta que debía seguir

con Úrsula respecto al secreto sorprendido de aquella pasión naciente. Comprendió que un interrogatorio le comprometería con su pupila, porque tendría que aprobar ó desaprobado aquel amor, y en ambos casos su posición se hacía difícil. Había, pues, resuelto examinar la situación respectiva del joven Portenduere y de Úrsula, para saber si debía combatir aquel amor antes de que fuese irresistible. Sólo un anciano podía desplegar tanto juicio. Jadeante aún bajo la impresión de las verdades de los hechos magnéticos, el doctor daba vueltas sobre sí mismo, miraba las menores cosas de aquel cuarto y quería dirigir una ojeada al almanaque, suspendido de un rincón de la chimenea.

—Estos candelabros son demasiado pesados para tus hermosas manecitas, dijo tomando los candelabros de mármol adornados de cobre. Y esto también es muy feo, añadió mirando el almanaque. ¿Por qué conservas este almanaque de anuncio en un cuarto tan bonito?

—¡Oh! déjemelo usted, padrino.

—No, mañana te daré otro mejor.

El anciano bajó llevándose aquella pieza de convicción, se encerró en su cuarto, buscó San Sabiniano, y, como había dicho la sonámbula, encontró un puntito rojo delante del 19 de octubre, y vió asimismo otro enfrente del día de San Dionisio, santo de su nombre, y delante del de San Juan, patrón del cura. Aquel punto, que era del tamaño de la cabeza de una alfiler, había sido visto por aquella mujer dormida, á pesar de la distancia y de los obstáculos. El anciano meditó hasta la noche acerca de estos aconteci-

mientos, más minuciosos para él que para ningún otro. Era preciso rendirse á la evidencia. El anciano vivía apoyado en dos bases, á saber: en su indiferencia en materia de religión y en la negación del magnetismo, y una de aquellas bases había sido derribada. Probado que los sentidos, aparatos puramente físicos, órganos cuyos efectos todos se explicaban, poseían algunos de los atributos de lo infinito, el magnetismo destruía, ó al menos así le parecía á él, el poderoso argumento de Spinoza, pues lo infinito y lo finito, dos elementos incompatibles según aquel gran hombre, se encontraban reunidos en un mismo sujeto. Por mucho poder que concediese á la divisibilidad y á la movilidad de la materia, no podía reconocerle cualidades casi divinas. Finalmente, era demasiado viejo para unir estos fenómenos á un sistema y para compararlos á los del sueño, la visión y la luz. Toda su ciencia, basada en los asertos de la escuela de Locke y de Condillac, estaba destruida, y al ver hechos añicos sus vacíos ídolos, su incredulidad había de vacilar necesariamente. Así es que en el combate de aquella infancia católica contra aquella vejez volteriana, toda la ventaja estaba de la parte de Úrsula. En medio de aquellas ruinas, sobre aquel cataclismo de ideas, brillaba una luz. En el seno de aquellos escombros sólo percibía él como buena la senda de la plegaria. Sin embargo, el obstinado anciano no quería vencerse, no se decidía, seguía luchando contra Dios. No obstante, su espíritu vacilaba y no parecía ser el mismo. Habiéndose vuelto excesivamente pensativo, leía los *Pensamientos de Pas-*

cal, la sublime *Historia de las variaciones*, de Bossuet; leía á Bonald y á San Agustín, y quiso también conocer las obras de Swedenborg y de Saint-Martin, de las cuales le había hablado el hombre misterioso. El edificio materialista que se había construido aquel hombre se agrietaba por todas partes, y no necesitaba más que una sacudida para caer derrumbado y conducir á aquel anciano al seno de Dios. Varias veces ya, jugando con el cura en presencia de su ahijada, Minoret le había hecho á su amigo preguntas que, dadas sus opiniones, no dejaron de parecer singulares al abate Chaperon, el cual ignoraba el trabajo interior con que Dios conducía al buen camino á aquella hermosa conciencia.

—¿Cree usted en las apariciones? preguntó el incrédulo al pastor, interrumpiendo la partida.

—Cardán, eminente filósofo del siglo xvi, dice haber tenido varias.

—Conozco todas aquellas que han ocupado á los sabios, y acabo de repasar las obras de Plotin. Le interrogo á usted en este momento como católico, y le pregunto si cree usted que el hombre muerto puede volver á ver á los vivos.

—¡Hombre! Jesús se apareció á los apóstoles después de su muerte, dijo el cura. La Iglesia debe tener fe en las apariciones del Salvador. Respecto á los milagros, tampoco nos faltan, dijo el abate Chaperon sonriéndose. ¿Quiere usted conocer el más reciente? Acaeció en el siglo xviii.

—¡Bah!

—Si, el bienaventurado María Alfonso de Liguori, estando muy lejos de Roma, supo la

muerte del papa en el momento en que el santo padre expiraba, y hay numerosos testigos de este milagro. El santo obispo, presa de un éxtasis, oyó las últimas palabras del soberano pontífice y las repitió delante de varias personas. El correo encargado de anunciar el acontecimiento no llegó hasta treinta horas después.

—¡Jesuita! respondió el anciano Minoret bromeando; no le pido á usted pruebas, le pregunto si cree usted en las apariciones.

—Yo creo que la aparición depende mucho del que la ve, contestó el cura siguiendo la broma del incrédulo.

—Amigo mío, no le tiendo á usted ningún lazo; ¿qué cree usted acerca de esto?

—Creo en el poder infinito de Dios, dijo el cura.

—Pues bien, si yo me reconcilio con él, cuando esté muerto, le rogaré que me permita venir á verles, dijo el doctor riéndose.

—Ese fué precisamente el convenio hecho entre Cardán y su amigo, respondió el cura.

—Úrsula, dijo Minoret, si alguna vez te amenaza un peligro, llámame, que vendré.

—Con esas solas palabras acaba usted de repetir la conmovedora elegía titulada *Neerea*, de Andrés Chenier, respondió el cura. Pero los poetas sólo son grandes porque saben revestir los hechos ó los sentimientos de imágenes que los animan eternamente.

—¿Por qué habla usted de su muerte, padrino? dijo Úrsula con tono doloroso. Nosotros los cristianos no morimos nunca; nuestra tumba es la cuna de nuestra alma.

—De todos modos, dijo el doctor sonriéndose, no hay más remedio que dejar este mundo, y, cuando yo no esté en él, has de quedar muy asombrada de tu fortuna.

—Padrino, cuando usted no esté en él, mi único consuelo será consagrarle mi vida.

—¿A mí, muerto ya?

—Sí, todas las buenas obras que yo pueda hacer, las haré en su nombre para alcanzar el perdón de sus faltas. Rogaré á Dios todos los días, á fin de obtener de su clemencia infinita que no castigue eternamente los errores de un día, y que ponga á su lado, entre las almas de los bienaventurados, una alma tan hermosa y tan pura como la de usted.

Esta respuesta, dicha con un candor tan angelical y pronunciada con acento lleno de seguridad, confundió al error y convirtió á Dionisio Minoret á la manera de San Pablo. Un rayo de luz interior le deslumbró, al mismo tiempo que aquella ternura hacía acudir las lágrimas á sus ojos. Este súbito efecto de la gracia tuvo algo de eléctrico. El cura juntó las manos y se levantó turbado. La niña, sorprendida de su triunfo, lloró. El anciano se irguió como si alguien le hubiese llamado, miró el espacio como si viese en él una aureola, y después inclinó una rodilla en su sofá, juntó las manos, fijó los ojos en tierra como hombre profundamente humillado, y, levantando después la frente, dijo con voz conmovida:

—¡Dios mío! si alguien puede obtener mi gracia y conducirme á tus brazos, ¿quién mejor que esta criatura sin tacha? ¡Perdona á esta ve-

vez arrepentida que te es presentada en este momento por esta gloriosa niña!

Luego elevó mentalmente su alma á Dios, rogándole que le iluminase con su ciencia, después de haberle anonadado con su gracia, y volviéndose hacia el cura y tendiéndole la mano, le dijo:

—Pastor querido, le pertenezco á usted y le entrego mi alma.

Úrsula besó las manos de su padrino, bañándolas con lágrimas de gozo. El anciano tomó á aquella niña en sus rodillas y la nombró alegremente madrina suya. El cura, muy conmovido, recitó el *Veni, Creator*, con una especie de efusión religiosa. Este himno sirvió de plegaria de la noche á aquellos tres cristianos arrodillados.

—¿Qué sucede? preguntó la Bougival asombrada.

—Que mi padrino cree al fin en Dios, respondió Úrsula.

—¡Ah! ¡cuánto me alegro! ¡sólo le faltaba esto para ser perfecto! exclamó la sirvienta persiguiéndose con sencillez.

—Querido doctor, dijo el buen sacerdote, pronto comprenderá usted las grandezas de la religión y la necesidad de sus prácticas, y verá que su filosofía es, en lo que tiene de humano, mucho más elevada que la de los espíritus más audaces.

El cura, que manifestaba una alegría infantil, se propuso entonces catequizar á aquel anciano conferenciando con él dos veces á la semana. De modo que la conversión atribuída á Úrsula y á

un espíritu de sórdido cálculo, fué espontánea. El cura, que se había abstenido durante catorce años de tocar las llagas de aquel corazón, aunque las deploraba, se vió solicitado como se ve solicitado el cirujano por el hombre que se encuentra herido. Desde que ocurrió esta escena, el doctor acompañó á Úrsula todas las noches en sus oraciones. Poco á poco, el anciano sintió que la paz sucedía en él á las agitaciones. Teniendo á Dios por editor responsable de las cosas inexplicables, su espíritu reposaba. Su querida hija le decía que ya se le conocía que se iba aproximando al reino de Dios. Durante la misa, Minoret acababa de leer sus oraciones aplicando á ellas su entendimiento, pues se había acostumbrado en su primera conferencia á la divina idea de la comunión entre todos los fieles. Si parecía tener prisa en volver á casa, era para dar las gracias á su querida ahijada por haberle hecho volver á la religión; de modo que en el momento en que los herederos colaterales del doctor prodigaban á Úrsula los más groseros ultrajes, el anciano la sentaba en sus rodillas en el salón y le besaba santamente la frente. El apresuramiento del doctor por volver á su casa, sus mordaces respuestas al salir de la iglesia, eran atribuidas por todos los herederos al odio que Úrsula le inspiraba contra ellos.

Mientras que la ahijada tocaba á su padrino unas variaciones del *Último pensamiento*, de Weber, en el comedor de la casa Minoret-Levrault se tramaba un honrado complot que había de dar por resultado sacar á escena á uno de los principales personajes de este drama. El al-

muerzo, bullicioso como todos los almuerzos de provincias, y animado por los excelentes vinos que llegaban á Nemours por el canal, ya de Borgoña ó ya de Turena, duró más de dos horas. Celia había encargado mariscos, pescado y algunas rarezas gastronómicas, á fin de celebrar la vuelta de Desiderio. El comedor, en cuyo centro ofrecía un alegre espectáculo una mesa redonda, parecía un comedor de posada. Satisfecha de la grandeza de sus habitaciones, Celia había construido un pabellón entre el vasto patio y la huerta llena de legumbres y de árboles frutales. En su casa las cosas eran limpias y sólidas únicamente. El ejemplo de Levrault-Levrault había sido terrible para el país, y Celia había prohibido á su arquitecto que se metiera en dibujos. Aquel comedor estaba, pues, empapelado con un papel sencillo, y tenía por todos muebles unas cuantas sillas de nogal, unos aparadores de la misma madera, una estufa, un reloj y un barómetro. Si la vajilla era de porcelana blanca común, la mesa brillaba, en cambio, por la riqueza de su mantelería y por la abundancia del servicio de plata. Una vez que fué servido el café por Celia, la cual iba y venía como un perdigón en una botella de vino de Champagne, y cuando Desiderio, abogado en ciernes, estuvo al corriente del acontecimiento de la mañana y de sus consecuencias, su madre cerró la puerta y el notario Dionis tomó la palabra. Por el silencio que reinó y por las miradas que cada heredero fijaba en el notario, era fácil ver el imperio que estos hombres ejercen sobre las familias.

—Hijos míos, vuestro tío, que ha nacido en 1746, tiene hoy ochenta y tres años; ahora bien, los ancianos están sujetos á locuras, y esta pequeña...

—¡Serpiente! gritó la señora Massin.

—¡Miserable! dijo Celia.

—No la llamemos más que por su nombre, repuso Dionis.

—¡Es una ladrona! dijo la señora Cremiere.

—Sí, pero una ladrona muy guapa, replicó Desiderio Minoret.

—Esa pequeña Úrsula, repuso Dionis, lo tiene chocho. En interés de todos vosotros, que sois mis clientes, he tomado mis informes, y he aquí lo que he sabido acerca de esa joven...

—¡Expoliadora! gritó el recaudador.

—¡Ladrona de herencias! dijo el escribano.

—Silencio, amigos míos, dijo el notario, ó tomo el sombrero y me voy.

—Vamos, papá, exclamó Minoret sirviéndole una copita de ron, tome usted, es del mismo Roma. Siga usted adelante, que habrá cinco francos por la consulta.

—Úrsula es, indudablemente, hija legítima de José Mirouet; pero su padre era hijo natural de Valentina Mirouet, suegra de vuestro tío. Úrsula es, pues, sobrina natural del doctor Dionisio Minoret. Como sobrina natural, el testamento que hiciera el doctor á su favor sería, sin duda, atacable; y si le deja de este modo su fortuna, se podía entablar un pleito con Úrsula que había de ser nulo para ustedes, pues tendrían que sostener que no existe ningún lazo de parentesco entre Úrsula y el doctor. Pero este pleito no de-

jaría de asustar á una joven indefensa y daría lugar á una transacción.

—El rigor de la ley es tan grande acerca de los derechos de los hijos naturales, dijo el novel licenciado deseoso de demostrar su saber, que, según la sentencia del tribunal de casación de 7 de julio de 1817, el hijo natural no puede reclamar nada, ni siquiera alimentos, de su *abuelo natural*. La ley persigue al hijo natural hasta en su descendencia legítima; pues supone que las liberalidades hechas con los nietos se dirigen al hijo natural por *interposición* de persona. Esto resulta de los artículos 757, 908 y 911 del Código civil. Asimismo, la Audiencia de París, con fecha de 26 de diciembre del año próximo pasado, redujo un legado hecho al hijo legítimo del hijo natural por el abuelo, el cual, como tal, era tan extraño para el nieto natural, como el doctor, como tío, lo es para Úrsula.

—Todo eso, dijo Goupil, me parece que no concierne más que á la cuestión de las liberalidades hechas por los abuelos en favor de la descendencia natural; no se trata para nada de los tíos, que me parece que no tienen ningún lazo de parentesco con los hijos legítimos de sus cuñados naturales. Úrsula es una extraña para el doctor Minoret. Yo recuerdo una sentencia de la Audiencia de Colmar, dictada en 1825, cuando yo hacía la licenciatura, por la cual se declara que una vez fallecido el hijo natural, su descendencia no puede ser objeto de una interposición. Ahora bien, el padre de Úrsula ha muerto.

El argumento de Goupil produjo lo que los periodistas designan en las sesiones del Con-

greso con las palabras de: *Profunda sensación*.

—Y ¿qué significa eso? exclamó Dionis. Que el caso de liberalidades hechas por el tío de un hijo natural no se ha presentado aún nunca ante los tribunales; pero si se presenta, el rigor de la ley francesa para con los hijos naturales será aplicada tanto mejor cuanto que estamos en un tiempo en que la religión impera. Puedo, pues, responder de que en este pleito habría transacción, sobre todo cuando se viese que estaban ustedes decididos á llevarlo hasta el tribunal de casación.

Una alegría, propia de herederos que encuentran montones de oro, se manifestó en torno de la mesa por medio de sonrisas, de algazara y de gestos que no permitieron ver un movimiento negativo de Goupil. Después, al oír el primer terrible: «Pero...» con que el notario continuaba su peroración, la inquietud y el silencio sucedieron á aquel alborozo.

Como si hubiese tirado del hilo de uno de esos teatritos cuyos personajes obedecen á un resorte, Dionisio vió que todos los ojos se fijaban en él, y que todas las caras tomaban una misma expresión.

—Pero nadie puede impedir que vuestro tío adopte á Úrsula ó se case con ella, repuso el notario. Respecto á la adopción, podriais oponeros á ella, y creo que ganariais, pues las Audiencias reales no se andan en chiquitas en materia de adopciones, y ustedes serian escuchados en el pleito. De poco le serviría al doctor llevar el cordón de San Miguel, ser oficial de la Legión de honor y antiguo médico del ex emperador, por-

que sucumbiría. Pero si están ustedes salvados en caso de adopción, no ocurre lo mismo en caso de matrimonio. El doctor es bastante astuto para ir á casarse á París después de un año de permanencia, y reconocer á su futura en el contrato una dote de un millón. El único acto, pues, que puede poner la herencia en peligro, es el casamiento de la pequeña con su tío.

Dicho esto, el notario hizo una pausa.

—Aun hay otro peligro, dijo entonces Goupil con aplomo. Me refiero á un testamento hecho á favor de un tercero, del padre Bongrand, por ejemplo, en el cual hubiese un fideicomiso relativo á la señorita Úrsula Mirouet.

—Si molestan ustedes á su tío, repuso Dionis cortando la palabra á su pasante, y si no se muestran amables con Úrsula, le obligarán á hacer el matrimonio ó el fideicomiso de que habla Goupil. Pero no le creo capaz de hacer el fideicomiso, que es un medio peligroso. Respecto al matrimonio, es fácil impedirlo. No tiene más que hacerle la corte á la pequeña, Desiderio, y Úrsula preferirá siempre un joven guapo, que es el gallo de Nemours, que un anciano.

—Mamá, dijo Desiderio á Celia al oído, tan engolosinado con la suma como con la belleza de Úrsula; si yo me casase con ella, sería todo para nosotros.

—¿Te has vuelto loco? Tú, que tendrás algún día cincuenta mil libras de renta y que llegarás á ser diputado, ¿quieres hacer esa boda? Lo que es mientras yo viva no ocurrirá tal cosa. ¡Setecientos mil francos! ¡Vaya una cosa! La hija única del señor alcalde, que tendrá cincuenta

mil francos de renta, me ha sido ya propuesta.

Esta respuesta, en que la madre hablaba con rudeza á su hijo por primera vez, quitó á Desiderio toda esperanza de casarse con la hermosa Úrsula, pues sabía que ni su padre ni él podrían vencer nunca la resolución escrita en los terribles ojos de Celia.

—Pero diga usted, señor Dionis, exclamó Cremiere, si nuestro tío tomase la cosa en serio y casase á su pupila con Desiderio, dándole toda su fortuna, ¡adiós herencia para nosotros! Y nuestro tío, si vive aun cinco años, tendrá cerca de un millón.

—¡Nunca! ¡jamás consentiré que Desiderio se case con la hija de un bastardo, con una joven recogida por caridad en una plaza! ¡A la muerte de su tío, mi hijo debe representar á los Minoret, y los Minoret cuentan quinientos años de buena burguesía, que vale tanto como la nobleza! ¡Oh! ¡no os apuréis respecto á ese punto! Desiderio se casará cuando sepamos lo que puede llegar á ser en la cámara de diputados.

Esta altanera declaración fué apoyada por Goupil, el cual dijo:

—Desiderio, dotado con ochenta mil francos de renta, llegará á ser presidente de la Audiencia real, ó fiscal general, lo cual da derecho á la dignidad de par, y un mal casamiento le hundiría.

Entonces los herederos empezaron á charlar unos con otros; pero se callaron al sentir el puñetazo que Minoret dió sobre la mesa para mantener la palabra al notario.

—Vuestro tío es un buen hombre que se cree

inmortal, y, como todos los hombres de talento, dejará llegar la muerte sin haber testado. Por el momento, opino, pues, que debemos inclinarse á que coloque su capital de una manera que haga difícil nuestra desposesión, y creo que se ha presentado ocasión para ello. El pequeño Portenduere está preso en Santa Pelagia por ciento y tantos mil francos de deudas. Su anciana madre lo sabe, llora como una Magdalena y espera á comer al abate Chaperon para hablarle, sin duda, de este desastre. Ahora bien, yo iré esta noche á hablar con vuestro tío y á aconsejarle que venda sus rentas al cinco por ciento, que están hoy al ciento diez y ocho, y que preste á la señora de Portenduere, con la garantía de su quinta de Bordieres y de su casa, la suma necesaria para lograr la libertad del hijo pródigo. Dada mi profesión de notario, es muy natural que yo le hable de ese estúpido de Portenduere y que yo trabaje para ese préstamo, toda vez que gano con él el importe de las actas que hayan de levantarse. Si logro después de esto ser su consejero, le haré invertir su capital en hermosas tierras que tengo en este momento en venta. Una vez que su fortuna esté invertida en inmuebles y en créditos hipotecarios, difícilmente se les escapará á ustedes, pues siempre se pueden oponer obstáculos entre el deseo de realizar y la realización.

Los herederos, sorprendidos por la lógica de este argumento, dejaron oír murmullos de aprobación.

—Procurad, pues, entenderos bien para conservar á vuestro tío en Nemours, donde podréis

vigilarlo, añadió el notario. Procurando un amante á la pequeña, impediréis el casamiento.

—¿Y si ella llegase á casarse? dijo Goupil movido por un pensamiento ambicioso.

—La cosa cambiaría mucho, porque la pérdida sería cifrada y se vería lo que el buen hombre desea darle, respondió el notario; pero si le soltaseis á Desiderio, éste podría entretener á la muchacha hasta la muerte del anciano. Los casamientos se hacen y se deshacen.

—Si el doctor ha de vivir aun mucho tiempo, lo mejor de todo, dijo Goupil, sería casar á Úrsula con un buen muchacho, que les libraría á ustedes de ella yendo á establecerse con su esposa á Sens, á Montargis ó á Orleáns, con cien mil francos.

Dionis, Massin, Celia y Goupil, que eran las únicas cabezas bien organizadas de aquella asamblea, cambiaron entre sí inteligentes miradas.

—Ese haría el papel de gusano dentro de la pera, dijo Celia á Massin al oído.

—¿Por qué le habéis dejado venir? preguntó el escribano.

—No te iría mal eso, ¿verdad? dijo Desiderio á Goupil. Pero ¿podrías tú acaso presentarte bastante limpio para agradar al anciano y á su pupila?

—Vamos, veo que ya puedes marchar solo por el mundo, dijo el dueño de la posta, que acabó por comprender la idea de Goupil.

Esta broma alcanzó un éxito prodigioso. El pasante dirigió á los burlones una mirada circular tan terrible, que el silencio no tardó en restablecerse.



—Hoy los notarios sólo obran movidos por los intereses. ¿Y si Dionis llegase á ponerse de parte de Úrsula? dijo Celia á Massin en voz baja.

—¡Oh! no, estoy seguro de él, respondió el escribano dirigiendo á su prima una mirada maliciosa.

Iba á añadir: «Tengo medios de perderle», pero se contuvo, y dijo en voz alta:

—Soy en un todo de la opinión de Dionis.

—Yo también, exclamó Celia, que sospechaba la comunidad de intereses entre el escribano y el notario.

—Mi mujer ya ha votado, dijo el dueño de la posta al mismo tiempo que bebía una copita, sin embargo del color violáceo que la digestión del almuerzo y la excesiva absorción de líquidos habían impreso á su cara.

—Está bien, dijo el recaudador.

—Bueno, iré después de comer, repuso Dionis.

—Si hemos de seguir los consejos del señor Dionis, dijo la señora Cremiere á la señora Massin, tendremos que volver á casa de nuestro tío, reanudar nuestras visitas dominicales y hacer lo que el notario nos aconseja.

—Sí, ¡para ser recibidos como lo éramos! exclamó Celia. Después de todo, nosotros tenemos cuarenta mil francos de renta, y nuestro tío ha rechazado todas nuestras invitaciones como si no valiésemos tanto como él. Si no sé hacer recetas, sé gobernar mi casa, ¡qué diablo!

—Como yo estoy muy lejos de tener cuarenta mil francos de renta, dijo la señora Massin algo picada, el temor de perder diez mil francos de renta me preocupa mucho.

—Nosotras somos sobrinas tuyas, lo cuidaremos, lo vigilaremos y acaso algún día nos lo agradezca usted, prima, dijo la señora Cremiere.

—Halaguen ustedes bien á Úrsula. El anciano Jordy le dejó sus economías, dijo el notario colocándose sobre los labios el índice de la mano derecha.

—Lo ha hecho usted mejor que Desroches, que es uno de los procuradores más notables de París, dijo Goupil á su principal al salir de la posta.

—¡Y aun regatean nuestros honorarios! respondió el notario sonriendo con amargura.

Los herederos que acompañaban á Dionis y á su primer pasante se encontraron á la salida de las visperas, con los rostros bastante encendidos por los efectos del almuerzo. Según había previsto el notario, el anciano Chaperon daba el brazo á la señora de Portenduere.

—¡Calla! ¡pues la ha traído también á las visperas! dijo la señora Massin á la señora Cremiere, señalando á Úrsula y á su padrino que salían á la sazón de la iglesia.

—Vamos á hablarle, dijo la señora Cremiere encaminándose hacia el anciano.

El cambio que la conferencia había operado en todos los rostros sorprendió al doctor Minorret, el cual se preguntaba la causa de aquella amistad ordenada, y, por curiosidad, favoreció el encuentro de Úrsula y de las dos mujeres, que se apresuraron á saludarla con exagerado afecto y con forzadas sonrisas.

—Tío, ¿nos permite usted que vayamos á verle esta noche? dijo la señora Cremiere. A veces,

hemos creído que le molestábamos; pero hace ya mucho tiempo que nuestros hijos no le han saludado, y, por otra parte, nuestras hijas están en edad de entablar amistad con nuestra querida Úrsula.

—Úrsula es digna de su nombre, es muy salvaje, replicó el doctor.

—Déjenos usted domarla, dijo la señora Masin. Además, tío, añadió esta comadre procurando ocultar sus proyectos bajo un cálculo de economía, nos han dicho que su querida ahijada es tan buena música, que nos gustaría oírla. La señora Cremiere y yo estamos dispuestas á tomar un profesor para nuestras hijas, y si hubiese siete ú ocho discípulas, se podría poner el precio de las lecciones al alcance de nuestras fortunas.

—Con mucho gusto, dijo el anciano, tanto más, cuanto que deseo procurar á Úrsula un maestro de canto.

—Pues bien, hasta la noche, tío; iremos con su sobrino Desiderio, que ya está hecho un abogado.

—¡Hasta la noche! respondió Minoret que quería adivinar los proyectos de aquellas almas mezquinas.

Las dos sobrinas estrecharon la mano de Úrsula, diciéndole con afectada amabilidad:

—¡Hasta la vista!

—¡Oh! padrino mio, ¿lee usted acaso en mi corazón? exclamó Úrsula dirigiendo al anciano una agradecida mirada.

—Tú tienes una voz hermosa, le dijo. Además, quiero proporcionarte maestros de dibujo y de italiano. Una mujer, repuso el doctor mirando á

Úrsula en el momento en que abría la reja de su casa, debe ser educada de manera que se encuentre á la altura de todas las posiciones en que su matrimonio pueda colocarla.

Úrsula se puso roja como una cereza: su tutor parecía pensar en la persona en quien pensaba ella misma. Sintióse inclinada á confesar al doctor la pasión involuntaria que la movía á ocuparse de Sabiniano, Úrsula fué á sentarse bajo la espesura de plantas trepadoras, entre las cuales se destacaba ella como una flor blanca y azul.

—Padrino, ya ve usted qué buenas son sus sobrinas para mí: han estado muy amables, ¿verdad? dijo Úrsula al doctor para disimular los pensamientos que la hacían estar pensativa.

—¡Pobrecilla! exclamó el anciano tomando la mano de Úrsula entre las suyas y llevando á la joven á la orilla del río, donde nadie podía oírlos.

—¿Por qué dice usted: «¡Pobrecilla!»?

—¿No ves que te temen?

—Y ¿por qué?

—Mis herederos están en este momento muy alarmados á causa de mi conversión, que atribuyen ellos al imperio que ejerces sobre mí, y temen que yo los desherede para enriquecerte.

—Pero ¡si eso no ha de ocurrir! ¿verdad? dijo Úrsula con sencillez mirando á su padrino.

—¡Oh divino consuelo de mi vejez! dijo el anciano tomando en brazos á su pupila y besándola en las mejillas.

—¡Dios mio! ¡por ella ha sido y no por mí por quien os he rogado hace un momento que me concedieseis vida hasta el día en que la haya confiado á algún buen ser digno de ella! Angel-